

CAPÍTULO XXVII

ALEMANIA.—GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS.

Si la reforma había escitado turbulencias en todos los países donde había penetrado, aquel en que había nacido sufría aun más en medio del trastorno general. Carlos Quinto había dividido sus Estados hereditarios con su hermano Fernando, que dueño de la Hungría por su mujer y del reino de Bohemia por elección, se esforzó en asegurar en aquellos dos países la autoridad real, al mismo tiempo que batía en brecha los privilegios. Juan Zapolski había dejado, como ya hemos dicho, el trono de Hungría á Juan Segismundo, aun niño, bajo la regencia de Isabel, su madre, y de Jorge Martinuzzi (1540). Este último, obispo del Gran Varadino, hombre notable por sus cualidades y su ambición, había sostenido á su pupilo, y para conservar la corona, había llegado hasta á hacer al reino vasallo de la Puerta. Fernando, que pretendía adquirir este trono á cualquier precio, rivalizó en bajeza con Martinuzzi, y se hizo tributario del sultan. Aprovechándose el monarca turco de su enemistad, manda al joven príncipe á Transilvania con su madre, y reunió la Hungría á su imperio. No pudiendo Martinuzzi ejercer el poder absoluto en Transilvania, como lo hubiera querido, se entendió con Fernando, á quien ayudó á obtener este país, así como los derechos sobre la Hungría, y le prestó, tanto en guerra como en paz, señalados servicios. Gracias á él, pudo en fin el príncipe austriaco declarar aquella corona hereditaria en su casa, no conservando la dieta más que el derecho de elegir la persona del soberano (1547).

Recibió Martinuzzi en recompensa el capelo de cardenal; pero viendo después que Fernando, ocupado de los negocios de Alemania, no pensaba absolutamente en defender su nuevo reino contra los otomanos, envió á los diversos cantones de la Transilvania un hombre á caballo cubierto de la armadura, y otro á pie, siguiendo la antigua cos-

tumbre, para llamar á los habitantes á las armas, é intimó á Fernando se aprestase á pelear contra los enemigos de la cristiandad. El monarca austriaco salió del paso con un asesinato (1551), y procuró justificarse imputando graves desafueros á su víctima; pero Julio III le opuso los elogios sin fin que él mismo hacía en otro tiempo para obtener la promoción de Martinuzzi al cardenalato; y reconociendo que Fernando había obrado por simple sospecha ó por ambición, con objeto de apoderarse de las inmensas riquezas que se atribuían al cardenal, fulminó contra él la excomunión. Como el príncipe se sometió á la sentencia, y Carlos Quinto intercedió por él con la Santa Sede, fué vuelto á bendecir por el pontífice, pero no obtuvo de los pretendidos tesoros de Martinuzzi más que una oreja que le llevó el asesino. Insurreccionóse entonces el país; consiguió la Transilvania sustraerse á su obediencia, y no conservó la posesión de la Hungría sino haciendo homenaje de este reino á la Puerta.

Redujo Fernando la Bohemia á la obediencia con el temor. Pero cuando restableció al arzobispo de Praga, terror de los husitas, y puso en pie sin la autorización de los Estados un ejército para ayudar á Carlos Quinto contra los confederados de Esmalcalde, los calixtinos se declararon contra él. Irritado de aquella oposición, dirigió sus armas contra Praga en el momento en que la victoria de Mühlberg inspiraba á los príncipes austriacos bastante confianza para atreverse á todo. Habiendo, pues, dispuesto tropas en la ciudad, llamó á su presencia á todos los magistrados, y les detuvo prisioneros hasta que renunciaron al nombre de ciudadanos y á todos sus privilegios. Varios de aquellos magistrados murieron de susto, y otros se volvieron locos. Fernando perdonó la vida á los que quedaban; después convocó una dieta, que se lla-

mó *dieta de sangre*, porque fué precedida del suplicio de cuatro personajes ilustres; y se sirvió de ella para desarmar al pueblo, é imponerle una fuerte contribucion. Seis magnates fueron azotados en las tres principales ciudades de la Bohemia, «por traidores, por haber amotinado al pueblo contra su soberano hereditario;» esta era una dominacion nueva que la victoria le permitía abrogarse sobre un trono hasta entonces electivo. Introdujo después á los jesuitas en el país, y estableció en él la censura (1); pero lo que demuestra que la persecucion fué enteramente política y no religiosa, es que toleró el uso del cáliz.

Después de la abdicacion de Carlos Quinto (1556), Fernando tomó el título de emperador sin el asentimiento del papa, que dilató el reconocerle pretendiendo que á él solo pertenecía aceptar la renuncia del jefe del imperio, y que los príncipes protestantes no tenían voto en la eleccion. Propúsose constantemente por objeto apaciguar las turbulencias religiosas; y se gobernó de tal manera, que estalló la guerra civil en Grumbach. Al terminar sus dias en Viena (23 julio de 1564), dividió sus dominios entre sus quince hijos, á los cuales les recomendó en su testamento sostener la religion católica. «Si los reformados, dijo, en lugar de ponerse de acuerdo entre sí, están hasta tal punto desunidos, oscuros y ergotistas, ¿cómo ha de ser bueno y justo lo que creen? Las verdaderas creencias no pueden ser múltiples, no hay más que una; ahora bien, como existen una infinidad entre ellos, el Dios de la verdad no puede encontrarse en todas.»

Maximiliano II.—Sucedióle su hijo mayor, ya rey de Bohemia y de los romanos, bajo el nombre de Maximiliano II. Hombre probo y prudente, lleno de bondad para su familia, aquel príncipe que amó la paz á pesar de su valor, toleró en Austria el protestantismo, y permitió este culto á los barones y á los caballeros en el interior de sus castillos y en su propio territorio.

Sin embargo, los gérmenes de las discusiones religiosas estaban lejos de haberse estirpado con la paz de Augsburgo. Los obispados y las abadías secularizadas ya se habían abandonado á los protestantes por la *reserva eclesiástica* á condicion que si algun poseedor de tierras de la Iglesia, dependiente inmediatamente del imperio, llegaba á separarse de la comunión romana, perdía por este mismo hecho sus dignidades y beneficios. Los protestantes habían aceptado aquella condicion; pero la proclamaron después contraria á la igualdad y destructora de la libertad de conciencia. En su consecuencia como el *ius sacrorum* les atribuía el derecho de reformar la religion, secularizaban las fundaciones eclesiásticas, y se apropiaban sus bienes. Esta obra se consumó en la Baja Alemania; pero en la Alta, los católicos, que eran superiores en número,

se opusieron á que se hiciese lo mismo. Los príncipes violentaban las conciencias en el ejercicio de este derecho religioso. De esta manera el Palatinado fué al principio calvinista, luego luterano, después de nuevo calvinista; y cada mutacion producía turbulencias, tanto en las creencias, como en los empleos y en las existencias.

Habiéndose enamorado el obispo de Colonia de la canonesa Inés del Mansfeld (1582), apostató para casarse con ella, aunque pretendiendo conservar su obispado, pero el clero eligió otro prelado en su lugar, lo que produjo un cisma. El caso era grave, en atencion á que desde entonces cuatro electores de siete hubieran sido protestantes, lo que hubiera escluido del Imperio la casa de Austria. Pero habiéndose hecho el obispo calvinista, este título le atrajo el odio de los luteranos, y le hizo fracasar en sus proyectos (1560).

Ya los luteranos reunidos en Nuremberg habían condenado los dogmas calvinistas, que se habían introducido en su confesion; el elector de Sajonia hacia atormentar á los disidentes hasta morir, y promulgaba una fórmula, á la que debía suscribir todo el que quisiera evadirse del destierro. Estas fórmulas, que se multiplicaban, eran el germen de nuevas divisiones. Los calvinistas, cuyo número se había aumentado, pretendían participar de la paz de religion (1566); las quejas abundaban en cada dieta contra la parcialidad de la cámara imperial, la negligencia del emperador, los abusos de la paz; lo cual retardaban cada vez más las embrolladas decisiones de aquella asamblea, al paso que por todas partes estallaban los odios y sangrientos conflictos. Alegando los protestantes que los católicos no observaban la paz de religion, formaron una *union evangélica* (1608) y formularon una infinidad de cargos. Los Estados católicos les opusieron otra, más poderosa en fuerzas, en unidad política y creencias, á la cual se asoció el mismo emperador.

Rodolfo II, 1576-1612.—Rodolfo II, hombre pacífico por indolencia, y tan rico en virtudes privadas como pobre de merecimientos públicos, había llegado á ser emperador. Ocupado en estudiar la naturaleza y en cultivar la alquimia, restableció la astronomía física y la verdadera mecánica celeste; en lugar de los bufones de corte, que formaban las delicias de sus predecesores, acogió á Kepler y Tycho-Brahe, desterrado de su patria, y se le debieron las tablas Rodolfinas, que representan con precision la situacion y los movimientos de los planetas. Pero absorto como estaba por las armonías celestes, no prestaba ninguna atencion á los desórdenes terrestres, que aumentaron enormemente durante aquella paz preñada de terribles guerras. Habiéndole predicho Tycho-Brahe que uno de sus más próximos parientes atentaría á su vida, se aisló de toda sociedad, atreviéndose apenas á presentarse en la capilla; y las únicas distracciones que se permitía eran hermosos caballos, animales extraños y efímeros amores. Prometido á la hija de Fe-

(1) Véase COXE, *Vida de Fernando*.

lipo II, esperó diez y siete años sin reclamar su mano, la que se concedió á otro; consolóse de ello haciendo una coleccion de retratos de las princesas más hermosas, tanto en lo moral como en lo físico.

No mostró voluntad más que en la intolerancia. Viendo á la nobleza austriaca abusar de la libertad que Maximiliano le habia concedido con respecto al culto, quiso despojarle de ella; pero clamó contra la persecucion, é insurreccionándose, justificó los rigores de Rodolfo.

La Transilvania y la Hungria fluctuaban entre la dominacion del Austria y la Turquía, cuyos ataques no habian cesado nunca, mostrándose á cual más tenaces en sostener sus derechos. Después de la muerte de Juan Segismundo, que tuvo que doblegarse ante el Austria, la dieta de Transilvania eligió á Esteban Batori (1571), que juró fidelidad á la corona de Hungria. Habiendo llegado á ser rey de Polonia, dejó Batori la vaibodia transilvánica á su hermano Cristóbal, que la trasmitió á su hijo Segismundo. Este se emancipó del vasallaje turco, y ayudó después á Rodolfo á rechazar los otomanos. También le cedió la Transilvania, y cuando intentó recobrarla, fué sometido por las armas del conde Basta (2), á quien se le encargó gobernar el país, pero cuya tiranía causó un descontento general. Resueltos los habitantes de Transilvania á rebelarse, dieron la mano á los húngaros, que la mala administración de Rodolfo habia exasperado contra él aun más que contra los turcos. En efecto, abortó este monarca exclusivamente con el crisol y el telescopio, no comparecía en las dietas, no tomaba ninguna medida ó no se le ocurría sino después del acontecimiento, y confiaba los empleos principales á extranjeros. Aumentóse aun el descontento cuando añadió arbitrariamente, á los actos de la dieta, en la que se habia prohibido tratar ninguna materia de religion, un artículo en el que declaraba vanas todas las reclamaciones de los protestantes y escandalosa su conducta. Esteban Bostkay, primer magnate del país, y tío por parte de madre de Segismundo, que habia ido á la corte á llevar las quejas de sus compatriotas y habia sido maltratado en ella, se hizo jefe de una insurreccion, que al principio no fué dirigida contra el emperador, sino contra sus oficiales, cuya rapacidad no tenia límites; y fué reconocido príncipe de Transilvania y rey de Hungria por el gran señor.

Viendo los príncipes austriacos destruirse la grandeza de su casa por descuido de Rodolfo, pensaron en arrebatarle el gobierno. Matias, su hermano y heredero presuntivo, hombre diestro y avaro de dominacion, habia aceptado de los holan-

(2) Nacido en Rocca, cerca de Tarento, sirvió bajo las órdenes del duque de Parma, en los Países Bajos. Se conservan de él, el *maestro di campo generale*. Venecia, 1606, y el *Governo della cavalleria leggiera*. Francfort, 1612.

deses la soberania que le habian ofrecido, dando de esta manera el escándalo de ver á un archiduque austriaco á la cabeza de súbditos rebeldes contra el Austria. Aunque abdicó cuando conoció los peligros de este puesto, el emperador por castigarle, le tuvo humillado y le separó del trono de Polonia que ambicionaba. Obligado, sin embargo, por las circunstancias, le confirió el gobierno del Austria, y le encargó el mando del ejército de Hungria, donde ganó el afecto popular peleando felizmente contra los turcos.

En vista de esto, sus hermanos y primos de Estiria le transmitieron secretamente el poder del incapaz Rodolfo, y tranquilizó á los húngaros y á los turcos; pero informado Rodolfo de aquel pacto de familia, se indignó de él y quiso derribar al hermano que se habia hecho su rival: entonces se quitó Matias la máscara, y le precisó á cederle el reino de Hungria, el archiducado de Austria y la Moravia (1608). Matias concedió á los húngaros calvinistas ó luteranos la libertad de culto, y desposeyó á los jesuitas de sus bienes raices; dejó en Transilvania el principado á Segismundo Ragothski (1613), cuya sucesion disputó al pretendiente el feroz Gabriel Batori, por el calvinista Bethlen Gabor. Sostenido éste último por los turcos, fué en fin reconocido generalmente; pero los austriacos, á quienes Matias habia enseñado la desobediencia, se negaron á obedecerle mientras no prometiese la libertad de religion.

Bohemia.—Aun iban peor las cosas en Bohemia. Sometido una vez este reino al Austria, prosperó por la explotacion de sus minas, y la introduccion de nuevas plantas. Praga se elevó á la categoria de las más florecientes ciudades. Pero el país estaba agitado violentamente por las sectas religiosas, que se habian sostenido desde el tiempo de los husitas. Los utraquistas estaban de acuerdo con los católicos; solo por la condescendencia del concilio de Basilea y de los emperadores, recibian la Eucaristia bajo las dos especies, y se habia formado además otra secta llamada de los hermanos moravos, que muy rígida en sus principios, reunia los dogmas de los luteranos, calvinistas y anabaptistas. Los odios se habian enconado por el privilegio reservado á las ciudades de fabricar cerveza, y ser las únicas que pudiesen proveer la que los señores volvian á vender en las tabernas de sus señoríos. Rodolfo habia escludido á los utraquistas de la paz de religion; pero cuando se encontró necesitado recurrió á los Estados de Bohemia: obtuvo subsidios pagándolos con concesiones ilimitadas y *cartas de majestad*, que implicaban el reconocimiento de la confesion de Bohemia y de la libertad de culto, bajo la proteccion de oficiales elegidos por los Estados, y declaraban nulo todo acto contrario publicado en lo futuro. Esta fué la justificacion de las rebeliones ulteriores de la Bohemia, y Matias se regocijó de rebajar ante la opinion á su hermano, á quien privaba de toda autoridad.

Por otra parte surgian nuevos elementos de discordia. Los ducados de Juliers, Cleveris y Berg, los condados de Mark, Ravensberg y el señorío de Ravenstein, se habian encontrado poco á poco reunidos en una sola familia; habiendo llegado ésta á extinguirse en la persona de Juan Guillermo (1609), cien pretendientes se presentaron, entre los cuales se encontraban cuatro hermanas del difunto, con más las líneas Ernestina y Albertina de Sajonia, que dos de sus tias carnales representaban. ¿Era el feudo femenino? ¿Era divisible?

Siendo el litigio feudal, la decision pertenecia al emperador y al consejo áulico. Pero si el elector de Sajonia aceptaba aquella jurisdiccion que prometia serle favorable, no le sucedió lo mismo, por la razon contraria, al elector de Brandeburgo, y al conde palatino de Neuburgo, ambos protestantes. Convirtiéndose, pues, esta cuestion en una querrela de luteranos y católicos, así como en una epidemia todas las afecciones mórbidas toman el carácter de ella. Siempre en acecho la casa de Austria para adquirir, hizo presente el pretexto de que seria peligroso dejar á un protestante aquel feudo contiguo á las Provincias Unidas y le secuestró por precaucion. La union evangélica, la Francia, la Inglaterra, todos aquellos á quienes asustaba el engrandecimiento del Austria se opusieron á aquella violencia, primero por medio de negociaciones, y después con la guerra abierta. Disponíase Enrique IV á hacer justicia, cuando el puñal de Ravallac salvó al Austria.

Una paz dudosa sofocó entonces el incendio, hasta que desarrollado de nuevo estalló furioso. Despechado Rodolfo de que la Bohemia cayese en poder del hermano que odiaba, tomó las armas: Matias esparció la voz de que pensaba revocar las cartas de majestad, por lo cual los disidentes de Bohemia espulsaron de su territorio á los austriacos, y él hizo que le proclamasen rey; asignando á Rodolfo una escasa renta, y preparándose á quitarle la corona imperial, y á no dejarle más que el birrete de astrólogo, si la muerte no le hubiese librado de esta última afrenta.

Matias.—A Matias se le puso á la cabeza de un Imperio en el que su moderacion no bastaba á reponer los negocios que habian caido en estremo desórden, y del cual los diferentes Estados aguardaban la recompensa de los socorros que habia recibido en su rebelion. No supo, pues, más que agravar con un reinado vergonzoso la culpa de haber adquirido tan mal el poder soberano. La cuestion de Juliers permanecia intacta, y hacia nueve años que la union católica y la union evangélica se observaban con la mano en la empuñadura de la espada. Los reformados, que hacian sin cesar nuevas adquisiciones, comenzaron con objeto de destrozarse la púrpura imperial, por sublevar á Bohemia. Este país, despojado ya de sus antiguos derechos, tenia que temer además la pérdida de su religion; habiendo prohibido el emperador edificar allí iglesias, pero los utraquistas las constru-

yerón á viva fuerza (1618). Los Estados reunidos en Praga para deliberar sobre la violacion de las cartas de majestad, recibieron de Viena una contestacion desfavorable. Entonces Guillermo Slawata y Yaroslaf de Martinitz, consejeros de Matias, fueron acusados de haber sido los inspiradores, y se-gun una antigua costumbre fueron arrojados por la ventana.

Guerra de los Treinta Años.—Este fué el primer acto de la guerra de Treinta Años (3), guerra en la que tomó parte toda la Europa, excepto la Inglaterra, y que convirtió á la Alemania en centro de la política como lo habia sido la Italia en el siglo anterior. Al principio parecia fácil de sosegar y no se conocia bien su objeto; pero nuevos incidentes llegaron á alimentarla, y hacer converger á ella todos los odios, todas las ambiciones, todos los intereses. El emperador queria establecer su derecho supremo á la sombra de la doble corona política y religiosa; los electores luteranos invocaban la independencia del imperio y de la fe, los electores católicos se unian á la unidad de religion, al mismo tiempo que se separaban de ella con respecto al derecho político; los Estados avasallados por el Austria esperaban sacudir el yugo; los que se habian sustraído á él consolidar su libertad; toda la Europa emanciparse de la supremacia que amenazaba adquirir aquella casa. La religion servia de pretexto y de bandera, y durante aquel tiempo el Imperio se destruía á pedazos, de tal manera, que desde el año 1613 ya no hubo asambleas. En un principio, conociendo los protestantes la necesidad de sostener la rebelion por la fuerza, adoptaron por jefe al conde de Thurn, y pidieron socorros á los Estados de Moravia, Silesia, Lusacia, Austria y Hungria, todos los cuales habian sido engañados por las promesas de Matias. Este príncipe vió el precipicio abrirse para su casa, sin poder confiarse siquiera de sus propios hermanos, que se disponian á tratarle como habia tratado él mismo á Rodolfo, cuando murió de improviso (1619).

Fernando II.—Concluyendo en él la linea recta del Austria, Fernando de Estiria, coronado ya rey de

(3) G. H. BOUGEANT (jesuita).—*Historia de la guerra y negociaciones que precedieron al tratado de Westfalia*. Paris.

KRAUSE.—*Gesch. des dreissigjährigen Kriegs*. Halle, 1782.

SCHILLER.—*Id.* Leipzig, 1802.

WESTENRIEDER.—*Id.* Munich, 1804.

Ninguno de estos historiadores ha hecho resaltar en lo que debia la influencia que esta guerra ejerció sobre la Europa entera.

MEBOLD.—*Der dreissigjährige Krieg und die Helden desselben Gustav-Adolph und Wallensteins*. Stuttgart, 1840.

F. FOERSTER.—*Wallensteins biographie*. Postdam, 1834.

Documentos que el emperador de Austria ha permitido publicar últimamente, nos representan á Waldstein (de esta manera firmaba) con colores diferentes que lo hace la relacion de Khevenhüller, *Annales Ferdinandey*.

Bohemia y de Hungría, pidió el Imperio. Los electores palatino y el de Sajonia, ambos protestantes, lo administraban en calidad de vicarios, y se esforzaban de concierto con la union evangélica en arrebatarse el trono á la casa de Austria; pero no encontrando á nadie que aceptase las condiciones que proponían, consintieron en verle ocupado por Fernando. Dotado este príncipe de valor y educado con sentimientos religiosos, se preparó á hacer frente al odio general para devolver á su familia su eclipsado lustre. La Bohemia fué la primera á que atacó. Habíase extendido la noticia de que á su llegada caerían muchas cabezas y que muchas fortunas cambiarían de dueño: se hacían circular estampas en las que el leon bohemio y el águila morava yacían encadenados, y á su lado dormía una liebre con los ojos abiertos; alusión satírica á los Estados á la vez previsores y tímidos. En su consecuencia, desechando los bohemios á Fernando proclamaron por rey á Federico V, elector palatino, inclinado á pesar suyo á aceptar aquella corona por las solitudes de su mujer, que «quería mejor comer pan seco y ser reina, que nadar en las delicias como electora.» Federico se dejó llevar por su indolencia natural, y no cuidó de evitar los peligros. El lujo de que se rodeó, los bailes, las frivolidades de corte no agradaron á los bohemios, á quienes parecía que una revolución hecha en nombre de la religión reclamaba costumbres más severas.

Entre tanto, Bethlen Gabor, príncipe de Transilvania, ardiente calvinista, quedaba árbitro de la Hungría. Su influencia en vano era contrarestanda por el jesuita Pedro Pozman, del Gran Varadino, primado de Estrigonia; que manifestaba un estremo celo por convertir á las grandes familias, para cuyo uso escribió una guía (*kalausz*) en lengua madgyar. Habiéndose aliado Gabor á los bohemios y á los moravos, condujo sesenta mil hombres hasta Viena, y bombardeó el castillo en el cual estaba Fernando. Una diputacion de los rebeldes penetró hasta su aposento, donde fué insultado; pero arrodillado ante un crucifijo permaneció impasible y pretendió después haber oído una voz que le prometía socorro. En efecto, fué liberado por un cuerpo de coraceros. Proclamado Gabor rey de Hungría, no aceptó más que el título de príncipe, y confirmó diferentes edictos dados contra los católicos. Fernando ganó su amistad, cediéndole la mitad de sus posesiones en aquel reino; pero como Bethlen se encontraba estimulado sin cesar por los protestantes, los ingleses y los turcos, resultó de ello una continua alternativa de guerras y treguas.

Fernando salió de circunstancias tan difíciles por la actividad que desplegó, y por la resolución que tomó de no descender del trono, aun á trueque de

Entre las fuentes más útiles, deben citarse las *Memorias secretas* de VITTORIO SIRI, y la *Historia de las guerras de Ferdinando II*, por GUALDO.

sucumbir, si era preciso. Felizmente para él había poco acuerdo en la union, al paso que Paulo V y la corte de Madrid le proporcionaban socorros, tanto en hombres como en dinero. Maximiliano, duque de Baviera, alma de la liga católica (4) se había declarado por ambicion en su favor; secundado tambien por la Francia después de la muerte de Enrique IV, pudo entrar en Bohemia con un fuerte ejército y reducirla á la obediencia, gracias al valor de Bucquoy y del marqués de Espinola. Federico V huyó cobardemente, al paso que los bohemios peleaban aun por él: veinte y siete jefes que se atrevieron á confiar en la clemencia que se les prometía, recibieron la muerte; otros diez y seis sufrieron el destierro ó la prision, independientemente de los que fueron condenados por contumacia, y se mandó con rigorosas penas señalar todos los propietarios que habían tomado parte en la rebelion. Más de setecientos barones y caballeros y casi todos los propietarios fueron designados; perdonóseles la vida, pero se confiscaron todos sus bienes. Entonces abolió Fernando las cartas de majestad, suprimió toda libertad de culto, excluyó á los no católicos de las ciudades reales, en las cuales restringió las facultades de ejercer el comercio y los diferentes oficios; decidió que los disidentes no tendrían entrada en los hospitales, ni sepultura eclesiástica, aunque estaban obligados á pagar los derechos á las parroquias; que sus matrimonios y testamentos serian nulos; en fin, á los soldados se les repartió en las casas para vivir en ellas á discrecion, y los croatas fueron convertidos á sablazos. Fernando obraba así por política y no por celo religioso, pues él mismo concedió privilegios á los judíos. Después, en medio del terror general, hizo proclamar rey á su propio hijo, arrebatando á los Estados el derecho de eleccion; desde aquel momento cayó la Bohemia en la condicion miserable de la que apenas se repone. Muchos disidentes emigraron, otros se ocultaron en las montañas, y cuando José II publicó en 1781 el edicto de tolerancia, encontró que varias aldeas habían conservado hasta entonces sus ritos (5).

Hasta aquel momento había obrado Fernando

(4) Cuando Maximiliano oía hablar de los desastres ocasionados por la guerra, de la que él era el principal autor, se consolaba pensando en que había peleado por Dios, y que ya no había herejes en su ducado. Las cabezas de San Cosme y San Damian, que se llevaron entonces de Brema á Munich, le parecieron una suficiente indemnizacion. Al mismo tiempo que ayunaba y se maceraba, prohibía los bailes, los juegos y las diversiones, aconsejando á los maridos que no se abstuviesen de sus mujeres, como parecían dispuestos á verificarlo por no hacer nuevos desgraciados.

(5) Estos hechos están atestiguados por Coxe en la *vida de Fernando II*. Le vitupera altamente por haber querido continuar la guerra por venganza y ambicion; pero pretende que los consejos de los jesuitas le inclinaron á la intolerancia.

para defenderse, y si satisfecho de los triunfos obtenidos en una guerra particular con el Austria, hubiese envainado la espada, aun hubiera podido merecer bendiciones por haber devuelto á la Alemania una paz que dependía de él. Pero el feliz éxito de su empresa, y los tesoros que le había procurado, le hicieron vengativo é intolerante. Puso á varios príncipes fuera de la ley, entre otros al elector palatino, y dió orden á Tilly de ponerse en marcha con un ejército que se apoderó de Heidelberg, saqueó la ciudad, y destruyó la preciosa biblioteca del Espíritu-Santo (6). Bethlen Gabor fué vencido por Alberto de Waldstein, y disuelta la union evangélica. Concedióse en recompensa el electorado al duque de Baviera; y el emperador para reembolsarle de trece millones de gastos que reclamaba, le abandonó el Alto Palatinado. De esta manera consiguieron los católicos tener cuatro votos en la eleccion, al paso que los protestantes no conservaron más que dos. Quejaronse de ello las potencias; pero Fernando supo ganarlas ó engañarlas.

Periodo danés.—No se trataba ya de reprimir á los rebeldes y consolidar el yugo del Austria, sino de trastornar el Imperio. Entonces se concertaron Viena y Madrid para derrocar las libertades de la Alemania y la Holanda. Fernando dejó conocer el proyecto de enviar una escuadra al Báltico, lo que causó recelos á Cristian IV, rey de Dinamarca y duque de Holstein, pariente del elector palatino desposeído. Este monarca, uno de los príncipes más notables por su valor y talento, temiendo por sus Estados si el equilibrio germánico llegaba á romperse, deseoso al mismo tiempo de investir á sus hijos con el arzobispado de Brema y los obispados de Minden y Verden, cuyo derecho parecía dispuesto el emperador á arrebatarse á los protestantes, se hizo jefe de este último partido de acuerdo con la Suecia y con el rey de Inglaterra, suegro del elector (1625). Fernando hubiera querido oponer á esta confederacion un ejército suyo, y no como anteriormente tropas proporcionadas por la liga, y que obedecían al duque de Baviera, ¿pero cómo procurárselo sin dinero?

Waldstein 1583-1634.—Alberto de Waldstein, bohemio convertido, había estudiado en Pádua y servido después á Fernando, quien le prodigó las tierras confiscadas á los rebeldes. Enriquecido por

(6) El papa hizo recoger por Leon Allacci una parte que consistía en cuatrocientos treinta y un manuscritos griegos, mil novecientos cincuenta y ocho latinos, y ochocientos cuarenta y siete alemanes de los tiempos medios, que trasladados al Vaticano, formaron la biblioteca Palatina. El resto fué incendiado por Louvois en 1693. De los quinientos manuscritos que los franceses arrebataron á Roma en 1797, treinta y ocho griegos y latinos procedían de Heidelberg, entre otros, el único ejemplar de Anacreonte y la Antología del Constantino Cephalas. Estos manuscritos se restituyeron á Heidelberg con otros ochocientos cuarenta y siete en alemán, por los tratados de 1815.

su matrimonio, hecho conde del Imperio, y duque de Friedland, aspiró á realizar las grandezas que le habían predicho los astros, en cuyos augurios tenía completa fe. Pareciéndole ya abierto el camino que debía conducirle á su objeto, ofreció á Fernando reunir un ejército; y pronto su crédito, los grandes sueldos prometidos, la esperanza de oprimir y saquear impunemente, le hicieron hallar cincuenta mil hombres. Desde entonces no pensó ya más que en hacerlos vivir sobre el territorio enemigo. A la cabeza de aquel ejército (1626), que no dependía más que de él, dió á la guerra un nuevo aspecto; y en lugar de secundar los movimientos de los demás generales, se arrojó sobre la Baja Sajonia.

Sin embargo, los príncipes del partido opuesto habían reunido cuatro ejércitos por su propia cuenta, y convertían la Alemania en teatro de tales violencias y saqueos, que la poblacion moría de hambre, después de haber consumido hasta la yerba en alimentarse. Ernesto de Mansfeld se distinguía á su cabeza. Habiendo destruido Waldstein su ejército, creó otro nuevo y por la Silesia se unió en Hungría con Bethlen Gabor, pero fué diezmado por la peste y minado por desertiones; entonces licenció el resto; vendió su artillería al bajá de Buda, y penetrando en Hungría y Dalmacia, se propuso ganar el Adriático á través de los turcos, con intencion de embarcarse de nuevo para Alemania; pero murió en Zara.

Cristian IV, derrotado tambien en Lutter, abandonado por sus aliados, vió á los imperiales apoderarse de la costa del Báltico hasta Stralsund, la sexta de las ciudades anseáticas. Nombrado Waldstein almirante del Báltico é investido en lugar de sueldo con los ducados de Mecklemburgo confiscados á sus poseedores, y con el título tan deseado por él de príncipe, sitió á Stralsund y juró ganar la plaza, «aun cuando estuviese encadenada al cielo, ó rodeada por el infierno con una muralla de diamante.» Pero concibiendo después el proyecto de formarse una soberanía en aquellas costas, pensó en ganar á su partido al rey de Dinamarca y concluyó con él la paz en Lubeck (1629), restituyéndole todo lo que había perdido, con sólo la promesa de no mezclarse en los negocios de Alemania.

Waldstein se manifestó tanto más fácil en sus convenios cuanto habiéndose abierto en aquella época la sucesion al ducado de Mantua, y la corte de Viena no quiso permitir que un príncipe francés, que pretendía tener derechos á aquel señorío fuese elegido; esto puso en hostilidad á la Alemania con la Francia. Los alemanes no deseaban otra cosa que aprovecharse de aquella ocasion para restablecer la autoridad imperial al otro lado de los Alpes: «Vamos, decían, á mostrar á los italianos que aun existe un emperador: Roma no ha sido saqueada hace cien años, estará más rica en el día que lo que lo estaba entonces.» Así es, que aun cuando la religion hubiera exigido la